

Paule Mink

La semana terrible

Nota publicada en *Le coup de feu*, n° 22, junio 1887

Paule Mink (1839-1901), comunera y socialista. Antes de la Comuna había formado la *Société Fraternelle de l'Ouvrière*. Durante la Comuna participó en el Comité de Vigilancia de Montmartre y organizó una escuela gratuita, viajando con frecuencia fuera de París para promover la solidaridad con la Comuna, por lo que la semana sangrienta la pilló fuera de la ciudad. Hasta su muerte mantuvo su compromiso socialista y laicista.

De nuevo ha llegado el aniversario de esa semana siniestra y grandiosa, un aniversario en el que cada día nos recuerda los dolores, la sangre, las masacres, y hace crecer en nuestro cerebro el recuerdo de esas personas heroicas que supieron morir para afirmar su fe revolucionaria, para defender los derechos del pueblo, para dejar un noble y orgulloso ejemplo a quienes vendrían después.

De nuevo ha llegado el aniversario de esa semana cuyos sangrientos datos nos hacen temblar violentamente y meten en nuestra sangre salitre, odio en nuestro corazón y chispas en nuestros ojos.

Ya han pasado 16 años. ¡Cuántas cosas han pasado desde entonces, cuántas etapas recorridas, cuánto camino hecho hacia la emancipación definitiva de los trabajadores!

El coraje para la lucha, la perseverancia en nuestras reivindicaciones, la esperanza en el triunfo final, todo ello lo hemos sacado del recuerdo de nuestros queridos muertos de la Comuna.

La sangre de las víctimas ha sido el rocío fecundo que nos galvaniza. Orgullo y gloria para nuestros héroes plebeyos, masacrados por la rabia de los reaccionarios versalleses y de los cobardes capituladores. Nuestra fuerza procede de vuestra aniquilación, desconocidos fusilados y pobres asesinados. Nuestro triunfo procederá de vuestra muerte.

Ellos, los Thiers, los esbirros de los Gallifet y otros similares como el capitán Garcin creían haber terminado así, de una vez por todas, con las reivindicaciones proletarias. ¡Tantas masacres, tantos ríos de sangre, tantas vidas humanas sacrificadas, tantas víctimas, tantas matanzas!

Y ellos se decían, siniestros y burlones, ante las muchachas y las criaturas asesinadas: "Así está bien, 100.000 víctimas, ahora el socialismo ha muerto y el París revolucionario ha sido aplastado". Y sin siquiera limpiar sus espadas llenas de sangre, se echaron a reír, a emborracharse de poder, de asesinatos y de especulaciones, en una orgía que duró meses y meses.

¿El socialismo muerto, el París revolucionario aplastado? ¿Qué pensáis de ello? ¿No sentís que el gran y heroico París proletario se estremece y vibra todavía ante las ideas de justicia, ante las reivindicaciones de los empobrecidos? El aire parece fuego en este ardiente París, un crisol del pensamiento humano que purifica los egoísmos y que transfigura todo; en esta admirable ciudad, cerebro del universo, el más tosco campesino se transforma pronto y se convierte, también él, en sincero republicano, en ardoroso socialista, en entregado revolucionario.

El París revolucionario está aplastado, dijeron. Pero en todos sus rincones hay recuerdos de la Comuna y de las masacres versallesas que nos conmueven y sacuden, en cada muro, cada casa, cada adoquín, se encuentra la historia de un fusilado en mayo de 1871. Para aniquilar al París revolucionario sería necesario destruirle piedra a piedra, y, aún así, entre las ruinas del gran París surgiría una raza de vengadores.

Eso es lo que ha hecho el París plebeyo. Tras diez años de exilio y deportación han retornado los deportados a Caledonia, las víctimas de los presidios y de los trabajos forzados, los desgraciados a los que el exilio había afligido y arruinado, y los recuerdos se han avivado. El París proletario ha despertado, se ha reencontrado. Cada año el pueblo trabajador, aquel por el que combatió la Comuna, acude a Père-Lachaise, ante la tumba de los federados, para templar su coraje y afirmar su energía. La Comuna había muerto, decían, pero el pueblo ha vuelto a entrar en el Ayuntamiento de París, donde miembros de la Comuna vuelven a ocupar sus lugares, y el pueblo, los obreros, han situado en las municipalidades a defensores de sus derechos. En París y en las provincias el pueblo comprende sus derechos y los reivindica con más orgullo que nunca.

En París, se comenzó con un consejero obrero socialista, después fueron 3, luego 4 revolucionarios, ahora son 11 y pronto serán 30 o 40.

La alta burguesía y las grandes finanzas están en apuros. Y decimos a nuestros muertos de mayo, a nuestros hermanos fusilados, que este triunfo os lo debemos a vosotros, a vuestro ejemplo y coraje, a vosotros que moristeis por una gran causa. Gracias a vuestra abnegación el pueblo se liberará definitivamente al grito de ¡Viva la Comuna!, repetido en todos los lugares por los proletarios atropellados.